



*...en las calles de **M**adrid*

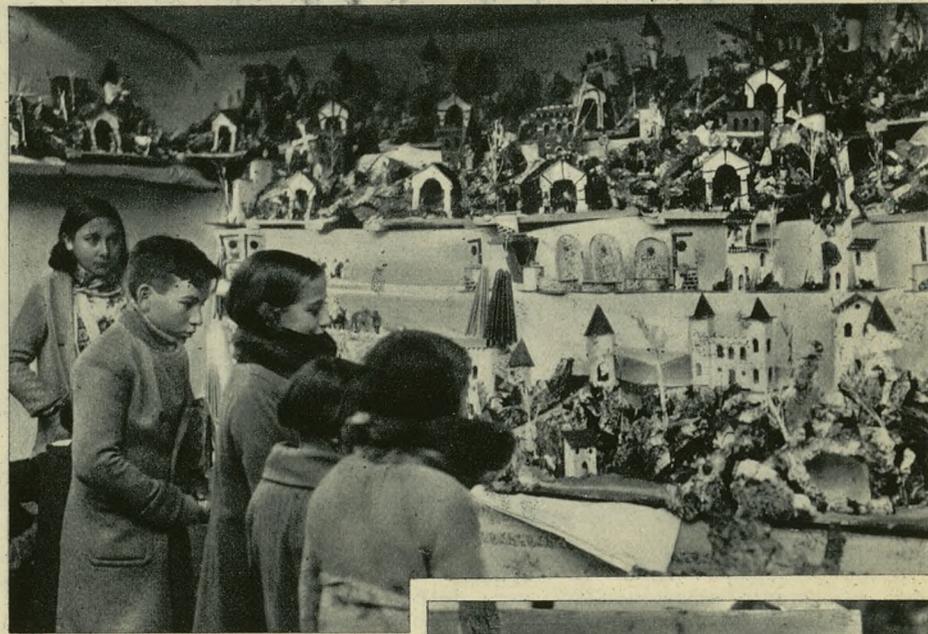
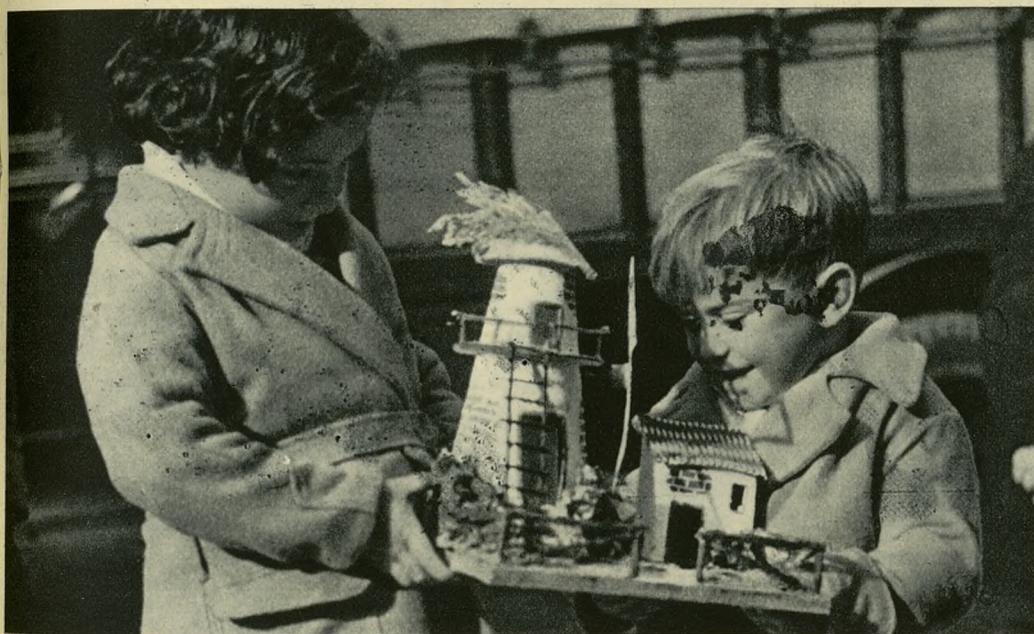


«ESTA NOCHE ES NOCHEBUENA.»—«Y mañana Navidad», continúa la cuarteta callejera, tan popular como poco edificante. Pero uno y otro año la repetirán pequeños y mayores en las calles madrileñas, que cada Navidad llena de una jocunda alegría. Alegría que, a pesar de todo, viene transmitiéndose a lo largo de los siglos, desde aquellos pastores que en los valles de Belén se alegraron con mística y silvestre alegría porque vieron estrellas nuevas y oyeron música de chirimías celestiales. Panderos, zambombas y castañuelas. En los días próximos a la Navidad, los niños madrileños se echan a la calle provistos de las clásicas zambombas, castañuelas y panderos, a cuyos sonos bulliciosos cantan villancicos entre místicos y folklóricos. Suenan a cosa ancestral estos panderos y zambombas, agitados por una alegría ingenua que llega a nuestro asfalto desde la Biblia. Es que el mayor acontecimiento ocurrido en el mundo desde su Creación—el Nacimiento del Niño-Dios—ha producido una popular liturgia.



TODOS MADRID ES YA UN «BELEN».—En la Plaza de Santa Cruz, en la calle de Postas, en otras muchas calles madrileñas, se establece cada año por Navidades el mercado pintoresco, y un poco poético también, de figuras y elementos para construir «Belenes». Se llenan las calles de vendedores, con sus mesas atestadas de figuritas de barro cocido: Sagradas Familias, pastores con sus rebaños, campesinos con su asno o su pareja de vacas, artesanos que llevan a «Belén» su ofrenda. Todo un mundo liliputiense, ingenuo y lleno de ternura y piedad, puebla esa inefable «Palestina» de los «Belenes», deliciosa y graciosamente convencional. Pero no sólo se venden figuras en la Plaza de Santa Cruz. Allí están los elementos forestales y geológicos para la construcción de los «Belenes» caseros y humildes. Hay grandes cantidades de musgo, de carrasacas, de cortezas de alcornoque, de tierra, arena, guijas y otros elementos silvestres para construir la topografía ingeniosa del «Belén». También se venden Portales, Sagradas Grutas, cielos estrellados, pueblos, granjas, palacios de Herodes. Todo Madrid está convertido ya en un enorme «Belén» campesino y poético.

EL TURRON Y SU POESIA.—No todo es música y bullicio en las calles de Madrid, como consecuencia de la Navidad. Hay algo tan tradicional e indispensable en la fiesta como los villancicos, los panderos y las zambombas: el turrón. El de Jijona, clásico, hecho de almendras y miel, o las mil variedades que ha inventado la industria moderna de la confitería, lo cierto es que sin turrón—de mazapán, de Alicante, de Jijona, de yemas, de frutas, de chocolate—no hay verdadera solemnidad navideña en Madrid. Pobre, por pobre que sea, rica o de clase media, en ninguna mesa ha de faltar el turrón para la Nochebuena. Se adquiere en centenares y centenares de puestos establecidos por la ciudad, en todas las tiendas, y hasta se regala. Pues son frecuentes las organizaciones de caridad que se preocupan de que a nadie falte ese día el manjar por antonomasia de la Navidad. Eso es cuando menos. Porque cuando más, lo indicado para la Nochebuena es la «cesta», ese «poema» comestible y bebestible, que tiene desde el jamón en dulce hasta el champaña, desde el turrón variado hasta las frutas confitadas. Esos días las calles se llenan de «cestas», en que a la golosina se une el arte de los papeles de colores y las envolturas de celofán.



PAVOS Y OTRAS VICTIMAS DE LA FIESTA.—Otra nota graciosa y pintoresca de las calles de Madrid en los días navideños son los pavos. Cada rebaño lleva sus paveros, unos hombres del campo con característica indumentaria. En cualquier calle céntrica improvisa el pavero un corralillo para su manada. Allí los pavos, de rizada gorguera, cola de abanico y trompa lacia, se dejan contemplar y sopesar por los posibles compradores, hasta que ya en las proximidades de la fiesta van desapareciendo poco a poco. En los días de Navidad hay en los patios de muchas casas de Madrid un evocador ambiente de granja. Muchos gallos y pollos cantan al amanecer, con notoria inconsciencia, alegrando la vecindad urbana con el mensaje campesino de sus clarines. Los pavos, en cambio, están cada día más silenciosos y tristes. Se diría que, a medida que se acerca la Nochebuena, se les pone a los pavitos «carne de gallina». Y la cosa no es para menos. Sin duda que ellos adivinan su destino. Saben por tradición que ellos son el tópicos culinario y la «víctima de la fiesta» navideña.

